

LOS STRIPERS O LAS FRONTERAS DE LA PORNOGRAFÍA

Lía Febres-Cordero Meneses
Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

En este trabajo propondremos un análisis del baile de stripper, al cual abordamos mediante un trabajo de campo, entendiéndolo como un posible terreno fronterizo que une las prácticas de la pornografía; a la que definiremos –por fines del trabajo a realizar– como venta de imágenes y objetos cuyo único fin es la estimulación sexual y la prostitución. Considerando ésta como la venta o alquiler del propio cuerpo a otra persona para que ésta se satisfaga sexualmente. Esto, buscando indagar sobre el imaginario particular que las realizadoras y espectadores activan en el transcurso de estos espectáculos y sobre la apreciación que, como valoración, realiza y define su identidad social configurada culturalmente.

Palabras claves: *pornografía, stripper, erotismo, impudor, objeto*

ABSTRACT

In this paper we propose an analysis on the stripper-dance, which is studied through a field work, and this is thought out as likely a borderline joining together the practices of pornography; and this one is defined –for reasons of the work to bring about– as the selling of images and objects whose aim is sexual stimulation and prostitution, being this last one the selling or renting of the own body to another person for getting sexual satisfaction. The paper is aimed at looking into the particular imaginative corpus activated by female actors and male spectators along these shows, as well as to investigate the perception in terms of valuation which carries out and defines her social identity subjected to cultural patterns.

Key words: *pornography, stripper, sroticism, shamelessness, object.*

La pornografía: el cuerpo – objeto expuesto

“La etnografía es una especie de pornografía legitimada, una pornografía del conocimiento, que nos ofrece el placer de entender lo que había parecido incomprensible. La pornografía es una forma extraña y “Antinatural” de etnografía, que saca el éxtasis orgásmico del retiro del dormitorio.”

(Nichols, 1997, 267).

La pornografía y también la etnografía giran alrededor de los otros y del poder adquirido sobre ellos, por medio del sexo o del conocimiento. “La pornografía se recrea en el cuerpo como lugar socialmente significativo. A través del cuerpo, se produce una domesticación del Otro” (Nichols, 1997, 273). El striper, como la etnografía y la pornografía, es también acerca de los otros; en este caso la striper (para fines de este trabajo sólo analizaremos el striper femenino) es un otro que se vive más real y hasta podría ser tangible, pero no por ello más cercano.

Este baile se plantea como un posible terreno fronterizo que une las prácticas de la pornografía, a la que definiremos –por fines del trabajo a realizar–, como venta de imágenes y objetos cuyo único fin es la estimulación sexual; y la prostitución, que se considera la venta o alquiler del propio cuerpo a otra persona para que ésta se satisfaga sexualmente. Esto, buscando indagar sobre el imaginario particular que los espectadores y cómo éste se activa en el transcurso de estos espectáculos y sobre la apreciación que, como valoración, realiza y define su identidad social, configurada culturalmente.

El acto sexual es una excursión hacia el placer y la fascinación, la identificación y la trasgresión –pura subjetividad–, alejándose de la ley. Debe tratarse de un modo especial para que siga contenido dentro de los límites social, textual y ficticio. Ello, asimismo, produce una tensión entre ficción y documentación (Nichols, 1997, 271).

El otro, en el show de striper, bailando en el club nocturno, se muestra desnudo, falsamente débil; falsamente accesible. Siendo que, quien pone las normas, es ese que sin vestimenta invita a la excitación, para después rechazar la consumación, por lo menos en el contexto de esas normas.

“Tanto la pornografía como la etnografía prometen algo que no pueden cumplir: el placer definitivo del conocimiento del otro” (Nichols, 1997, 267). La pornografía es, finalmente, acercamiento al otro desde un lugar seguro, donde no hay sentimientos y donde el otro no nos amenaza con convertirse en sujeto. Es un territorio que busca ser neutro, que aparenta ser libre de subjetividades, pero que puede convertirse en una trampa, no sólo porque el otro en esta sociedad insegura puede realmente hacernos daño, sino porque la humanidad del otro puede revelarse creando un sentimiento que será de culpa, de identificación, de asco, de cariño u otro diferente al placer que se busca y que no viene garantizado.

La salida al club se produce puntual, desde el punto de encuentro estamos todos vestidos con lo que antes se llamaba ropa de domingo. El grupo está conformado por dos hombres y tres mujeres, pero entre ellos nada más hay una pareja de novios. Nadie poseía carro por lo que el plan era llegar temprano y después tomar un taxi de regreso. Llegamos a las 9:30 al centro comercial donde queda el Ángelus, nuestro primer destino planeado. No encontrábamos el lugar, un señor, al que le preguntamos dónde quedaba, nos dijo que él no sabía. Tenía acento extranjero (portugués) y llevaba una botella de vino en la mano. Después, casualmente, lo vimos entrar. Seguimos buscando y todos insistían en decirnos que “El Sarao”, un sitio donde bailan salsa, está en el otro extremo, y uno hasta nos preguntó si sabíamos qué era ese lugar. Desde un principio se nota cierta resistencia a indicarnos a un grupo con mujeres jóvenes, donde quedaba el bendito Ángelus.

Llegamos al sitio. El señor de la puerta se interpuso en la entrada y nos dijo que no podíamos pasar, luego llegó otro señor y repitió lo mismo. Antes de nosotros, entraron dos señores con trajes muy elegantes, fluxes grises. El señor encargado nos dice que esto no es una discoteca, que es un night club y que no podíamos entrar y, otra vez, *el cuento* de El Sarao. Nos explica que no se dejan entrar damas solas, mostrándonos un cartel en el extremo derecho de la puerta. Yo le digo que vamos en parejas y después muestra otro cartel, debajo del anterior, donde especifica que no se admiten parejas, ni tampoco menores de 30 años, como lo especifica un cartel más abajo. Por consiguiente, si no se admiten damas solas ni en parejas no pueden entrar mujeres y, menos aún, menores de treinta.

Averiguando con conocidos, entre muchas versiones de porqué no se deja pasar mujeres –donde nos adentramos un poco en los mitos

que teje la mente masculina en torno a la sexualidad de la mujer y cómo ésta le puede resultar peligrosa—, la más popular era que las lesbianas les quitan las mujeres a los hombres. Tenemos otra que dice que la presencia de las mujeres les puede quitar clientes a las bailarinas, y otra sobre una mujer que entró una vez con una pistola y mató a su marido dentro del night club.

Después de mucho insistir, nos dirigimos al “Club de Baco” con precios más populares y donde sí dejan entrar mujeres. La entrada es como cualquier entrada a un edificio, lo único que delata la presencia del lugar es un cartel donde se anuncia el espectáculo de la “escupe hielo” y otros shows que se ofrecen como sexo en vivo y más. La calle está desierta y hay unos pocos carros aparcados al frente, la basura está por las esquinas y la iluminación es escasa. Un recogelatas se encarga de cuidar los carros.

Al entrar al lugar (aunque voy acompañada de una comitiva), mi condición femenina y la de mis amigas llama la atención de los hombres presentes de los cuales atraigo la mirada por un rato, más por curiosidad que por otra cosa. Somos las únicas mujeres presentes que no estamos trabajando ahí.

Las paredes son rojas, el piso blanco y hay una hilera de seis sillones rojos, con dos espacios de cojines anchos de terciopelo, estilo años cincuenta, en los que caben muchas más personas, precedidos todos por una pequeña mesa redonda de vidrio con cromados plateados. La barra está lateral, paralela al show. Es plateada con sillas redondas altas y plateadas. La iluminación es escasa, por lo que el decorado no tiene muchos detalles. El espacio es relativamente amplio y hay lugar como para caminar sin tropezarse. Todos los clientes están ubicados en los sofás, casi todos en grupos de varios hombres, acompañados por las mujeres que trabajan en el local y algunos hombres solos.

Al entrar, el encargado se encarga de ubicarte. Está vestido con traje y corbata y con el pelo engominado, además está el barman, vestido un poco más informal, pero con traje. Llegamos muy temprano, son las 10:30 y el show comienza a las 11:30. Nos queda una hora esperando en un sofá que está de segundo antes de la tarima. Todos pedimos una cerveza, que en el local cuestan 5 bolívares y que es el consumo mínimo para poder ver el show.

Las mujeres que trabajan en el club están casi todas en el extremo de la barra esperando clientes, con cara de hastío y hablando entre ellas. Las que ya los consiguieron están sentadas con ellos en los

sofás rojos. Casi todos los clientes solicitaron sus servicios, menos un grupo de tres muchachos jóvenes que están en el centro. Todas las mujeres visten minifaldas y tops y están arregladas de forma variadas sin seguir ninguna estética fija. Son jóvenes pero podrían tener cualquier edad entre los quince y los treinta, van todas muy maquilladas, con el pelo secado y en zapatos altos.

Todos los hombres, aún los que están sentados juntos, conservan una distancia considerable entre sí, por lo menos cincuenta centímetros y no hay mayor contacto entre ellos, las relaciones son exclusivas hombre-mujer, a pesar que la mayoría de los hombres están acompañados por otros hombres. Con las mujeres la distancia es mínima aunque, empezado el show, toda su atención se concentra en éste.

Todos están bebiendo cerveza y hay dos con un servicio de ron, se piden con un movimiento leve de la mano, sin ver a los lados y sin distraerse del show. Es un espacio de sociabilidad masculina donde los símbolos que dominan son los masculinos. Las mujeres en el juego erótico se revisten de falo mediante los signos que remiten a éste. Tanto en el stripper, como en la vida cotidiana, la seducción viene mediante la negación de la feminidad debajo de una masculinidad neutralizadora, aplastante y dominadora que homogeniza e impone en la mujer la negación de su propio cuerpo que, cubierto o descubierto por vestidos, maquillaje y signos, debe remitir siempre a lo masculino para lograr la seducción y atracción final.

La erotización consiste, pues, en todas partes, en la erec-tilidad de un fragmento del cuerpo sellado por la barra, en esa fantasmaticación fálica de todo lo que esta más allá de la barra en posición de significante, y en la reducción simultánea de la sexualidad al rango de significado (de valor re-presentado). Operación estructural protectora del conjuro, por la cual el sujeto puede recuperarse como falo: ese frag-mento del cuerpo o ese cuerpo todo entero positivizado, fe-tichizado, el puede reapropiárselo e identificarse con él, en la realización de un deseo que desconocerá para siempre su propia pérdida (Baudrillard, 1980, 119).

Ese signo en la sociedad occidental se viste de las obsesiones de la cultura, busca lo fálico y busca hacer del objeto-mujer una posesión de poder. "La etiqueta, los atuendos, y el porte se unieron a formas específicas de conocimiento social e ideal cultural para diferenciar

la alteridad a nivel cotidiano y persistente” (Nichols, 1997, 259). De qué se recubre o descubre la mujer para ser signo, qué es lo que evoca en su conversión en objeto, con qué fin acepta o se resigna a jugar en la imaginación de otro como una posesión. El cuerpo así, insinuante, aunque muestre todos sus agujeros, más que un espacio para aceptar al otro, para recibirlo, es un falo para despreciar al otro. El desprecio del otro; la stripper tiene el poder de despreciar, ella se muestra y desnudándose expresa su desdén por la mirada del otro

«Las mujeres se proponen como objetos al deseo agresivo de los hombres” (Bataille, 1992, 183) Se trata de un cuerpo insinuante pero que, en el caso del stripper, juega con esa insinuación falsa, no hay promesas que cumplir ni nada más allá del show y de lo acordado. El cuerpo se escapa a su posesión “El otro se convierte en la condición previa para las garantías imaginarias de independencia sublime” (Nichols, 1997, 259).

El primer Baile es lento; se trata de una muchacha a la que presentaron como Bella, tiene un cuerpo muy bonito, pero ésta un poco amargada. Bella juega con el espacio que tiene, una tarima como de 2.5 metros cuadrados, con un espejo atrás y la respectiva barra de hierro. Está bailando “chiquitica” la canción de Abba, moviendo las caderas monótonamente al cambio de canción se quita la ropa y sigue bailando desnuda la siguiente canción completa, hasta que terminó su show. Salió del escenario se vistió y siguió hablando con sus amigas en una esquina.

El otro show empezó una hora después. La muchacha era de textura más rellenita y tenía el pelo pintado de amarillo y su baile era de reggaeton. Primero entró con un sobretodo negro y ropa interior roja. Se quitó el sobretodo y luego se quitó la ropa interior roja y fue bailándoles a todos los hombres que estaban viendo el show. Se les montaba encima y los tomaba del cabello, recostaba la cara del espectador contra sus muslos. Luego, volvió al escenario y se quitó el sostén recorriendo de nuevo el público, ahora empezando desde adelante. A nosotros nos ignoró, para alivio de la novia de mi amigo. Ningún hombre la tocó más de lo debido ni aprovechó su cercanía *para meter mano*.

Luego, a la media hora, empezó el show de “la escupe hielo”, la única que escupe hielo y fuma en Caracas, ya parte del imaginario masculino en la ciudad y famosa por varias entrevistas que le han hecho en la prensa. Estaba también de mal humor. Estuvo toda la noche sentada sola, sin hablar ni con las chicas. El show empezó con

un rock pesado y, en su show, era la única que usaba el tubo en la rutina. Podía sostenerse de él nada más con las dos piernas. Con una, boca abajo, lo trepaba y se deslizaba por él...

“La acción decisiva es el desnudarse. La desnudez se opone al estado cerrado, es decir, al estado de comunicación que revela la búsqueda de una continuidad por esos conductos secretos que nos da la sensación de la obscenidad. La obscenidad significa la perturbación que trastorna un estado de los cuerpos conforme a la posesión de sí, a la posición de la individualidad durable y afirmada...El acto de desnudarse, considerado en civilizaciones en que tiene un sentido pleno, es, sino un simulacro por lo menos un equivalente sin gravedad de la muerte” (Bataille, 1992,17).

Ella empieza, hace su trabajo y se va. Su show es largo y, además de sus virtudes especiales, tiene ciertas rutinas que requieren entrenamiento físico previo, como abrirse y trepar la barra con las manos. Su baile es un lenguaje destinado a excitar. Bataille analiza el erotismo como una conjunción de signos “El olfato, el oído, la vista, incluso el gusto perciben signos objetivos, distintos de la actividad que determinarán. Son los signos anunciadores de la crisis. En los límites humanos, esos signos anunciadores tienen un valor erótico intenso” (Bataille, 1992, 180). El erotismo es la búsqueda de la continuidad, de signos que nos lleven al placer pero, más que nada, de signos que nos lleven al deseo. El erotismo está en el deseo y en ser signo para ese deseo. “Hay en la búsqueda de la belleza, al mismo tiempo que un esfuerzo para acceder, mas allá de la ruptura a la continuidad, un esfuerzo para acceder a ella.” (Bataille, 1992, 140) al final, el juego está en jugar con la vida, el placer y la muerte.

El deseo, el erotismo y la Pornografía

La stripper en un acto que está previamente ensayado: se desnudará y tratará de excitar a su público con su cuerpo y las promesas que éste haga. Es un juego de deseo donde se muestra un desnudo sin sujetos, ni subjetividades, es decir, carne.

Bataille analiza el erotismo y sus límites, siendo una de sus fronteras la pornografía. “El sentido ultimo del erotismo es la fusión, la superación del límite” (Bataille, 1992, 19). Un acto que, en principio, es

imposible porque somos seres discontinuos o, por lo menos, así nos concebimos dentro de la cultura occidental; donde ni siquiera formamos una unidad con nosotros mismos, sino que nos percibimos como una dualidad cuerpo y alma, por lo que la unión total de las almas, que es lo que busca el erotismo, no es posible, sólo se unen los cuerpos momentáneamente.

La stripper se muestra sin pudor de su cuerpo, pero resguardando excesivamente sus sentimientos y su humanidad hasta el punto de convertirse, en la apreciación del otro, en objeto sexual. Como en el hebreo del Génesis en que «secreto» se dice igual que «desnudez», literalmente, lo que no debe ser visto. Porque la desnudez del cuerpo traspasa la desnudez del alma, revela la conciencia. Lo íntimo es, por excelencia, lo vedado: lo que nos veda. La stripper representaría una mítica mujer con sexualidad masculina, que sería lo visible; lo invisible sería la mujer misma.

La bailarina de stripper no perdió la vergüenza, pero en relación al cuerpo se expone a la mirada del otro sin miedo, y ¿por qué habría que tenerlo? Antes del baile o después, cuando no está desnuda, el otro la puede despreciar pero, cuando está bailando, el único desprecio posible es no desearla. Ella es la que desprecia la mirada y le dice, de una forma o de otra, "tú eres el que estás deseando y no me puedes juzgar". El hombre que observa es el que crea el sentimiento por el cual se ata y se expone ya que lo obsceno en la mujer proviene de la mirada del hombre.

Volver al otro objeto, en la medida en que se le deconstruye y se aprecia por partes; un objeto que se podrá contemplar como tal vez nunca se pudo contemplar la persona a sí misma, le da poder al sujeto, se convierte así en individuo, pero es un poder poco significativo porque el nunca podrá ser contemplando. El objeto no puede ni quiere verlo. La pornografía se trata de sexo, pero desde un punto diferente, es la anulación. "La porno pone fin mediante el sexo a cualquier seducción, pero al mismo tiempo pone fin al sexo mediante la acumulación de signos de sexo. Parodia triunfal y agonía simulada: ahí está su ambigüedad" (Baudrillard, 2000, 38).

Las mujeres siempre, en el juego del intercambio, son objetos, son signos con una significación erótica. En esto la pornografía y la prostitución no se diferencian del erotismo o de la seducción, se trata de la conversión de un ser humano en objeto para su posible posesión; posesión imposible pero con cuyas posibilidades se juega "Por lo que

toca a las mujeres: fueron y son signos elementos de ese sistema de significaciones que es el sistema de parentesco” (Paz, 1990, 22).

Pero no sólo las mujeres son signos. Los hombres, en tanto elementos culturales, tomando como referencia a Levi-Strauss, son a su vez signo, meros objetos del entramado cultural. El ser humano, en tanto hombre o mujer es un objeto, culturalmente es una parte más de un sistema. Como individuo es un sujeto pero un sujeto condenado a la soledad del universo.

Pornografía y Striper

“La pornografía se vuelve posible en la medida en que las mujeres se han vuelto mucho menos significantes” (Arcand, 1981,190). Se vuelven menos significantes no por ser reducidas a meros signos sexuales; pierden significación en tanto que “mientras más podemos penetrar en lo privado de un objeto/sujeto, más tenemos el poder de distanciarnos de él” (Arcand, 1981,190). La mujer se vuelve signo descifrado y al mismo tiempo inalcanzable.

“Ella está desnuda como el espectador la ve. La desnudez de la mujer no es expresión de sus propios sentimientos; es un signo de sumisión a los sentimientos o las demandas de otro” (López, 2006). Desde que ya no es tan extraño contemplar un cuerpo desnudo, y en casi todas las películas aparecen escenas de sexo, la pornografía está siendo definida cada vez más como “el sexo por el sexo”. El sexo sin amor, sin trama, sin argumentos, una imagen que no remite más que al sexo sin otro tipo de significaciones que estorben el único valor al que quiere aspirar. “Los signos eróticos destruyen la significación – la queman y la transfiguran: el sentido regresa al ser. Y del mismo modo el abrazo carnal al realizar la comunicación, la anula” (Paz, 1990, 115).

Arcand además aclara que en esta sociedad lo pornográfico es primeramente un producto de venta y es un producto por sí mismo. Hecho con esa finalidad, vender placer sexual o estimulantes del placer sexual, lo importante sería que otra persona actúa para ofrecer ese placer. Las producciones pornográficas modernas son fácilmente reconocibles porque, generalmente, están etiquetada y debidamente identificadas como tal, pero, más allá, los terrenos fronterizos son amplios y muchos conceptos se conjugan en ellos.

El sexo vende y fuera de su imagen pornográfica la sociedad moderna lo conjuga en muchas variantes bajo esa premisa. Se mezcla el sexo con lo vulgar con lo grotesco, con lo erótico en la literatura, en las películas, en la publicidad y en cualquier lugar donde pueda ser reproducido de forma que se confunde y se crea un entramado con los otros elementos que no son necesariamente pornográficos ni necesariamente sexuales.

El erotismo: un arts erótica, regocijarse en el placer estético y lánguido es lo que sería inquietante. La pornografía es la salida dentro del "las leyes", por lo menos las de distribución, de la sociedad occidental para saciar la necesidad de éste. Es, en cierto sentido, un paliativo barato de lo que realmente es el erotismo, con fácil distribución y, sobre todo, muy rentable, que convierte al tiempo invertido en dinero y que habla con el lenguaje de esta sociedad, el del valor. Como explica Bataille lo simbólico ya no se intercambia como forma organizadora "Precisamente porque no regula ya la forma social, ellas no lo conocen más que como obsesión, como exigencia constante obstaculizada por la ley del valor" (Bataille, 1980, 5).

El erotismo representa el deseo de romper la discontinuidad y la pornografía el deseo de mantenerla y de reafirmarla, el otro ni siquiera es sujeto y no hay unión posible "El erotismo de los cuerpos está caracterizado por algo pesado, siniestro. Resguarda la discontinuidad individual y siempre, en alguna medida, en el sentido de un egoísmo cínico" (Bataille, 1992, 19). En el club de striper este acto privado se hace público en algo que deja de tener relación con el erotismo y aún con el sexo, y en donde todo remite al hombre y a crear espacios donde reforzar y demostrar su masculinidad.

En un escenario donde lo que se ofrece es un baile femenino, lo menos importante es el baile en sí. La striper bailará magistralmente y exhibirá movimientos que en cualquier bailarina resultarían bellos, pero tiene la belleza negada. No se trata de belleza ni de ella tan siquiera, tampoco de su desnudes aunque es más significativa "La mujer en la pornografía no existe ya no es sino el doble de la sexualidad masculina y de sus fantasmas instrumentales. Si existe una violencia pornográfica ésta responde más a esa omisión de la alteridad de la femenino, a esa indiferencia frente a la desemejanza de los sexos, que a la pseudo inferioridad de la mujer" (Lypovetsky; 2000, 37).

La pornografía es, o se le podría considerar más como un mito, en el sentido que le da Levi- Strauss al término de un relato cíclico, que se puede resumir a pocas acciones significantes y que, al contrario

de los mitos normales que buscan marcar la diferencia entre naturaleza y cultura, la pornografía busca acercar al hombre a la naturaleza, expresar un sexo animal y en este intento anti-natural, crea al hombre cultural distanciado de la naturaleza y que necesariamente la busca: el mito del hombre moderno.

Referencias

- ARCAND, B. (1991). *El jaguar y el oso hormiguero. Antropología de la pornografía*, Buenos Aires, nueva Visión.
- ALVARES H, L. (1990). *Pornografía y Lenguaje*. Armenia, Colombia, Universidad del Quindío.
- BATAILLE, G. (1992). *El Erotismo*. México, Tusquets
- Baudrilard, J. (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas. Monte Ávila Editores
- BAUDRILLARD, J. (2000). *De la seducción*. Madrid, Cátedra
- NICHOLS, B. (1997). *La representación de la realidad*. Barcelona, Paidós.
- DIBIE, P. (1987). *Etnología de la alcoba*, Barcelona, Gedisa.
- LÓPEZ, M. (s/f) “¿Es necesario ser una mujer desnuda para entrar en el MOMA?”. *Centro Psicoanalítico de Madrid*
- Disponible en: –HYPERLINK «<http://www.centropsicoanaliticomadrid.com/>» –
<http://www.centropsicoanaliticomadrid.com>
- LYPOVETSKY, G. (2000). *La tercera mujer*. México, Anagrama.
- PAZ, O. (1990). *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica.

